

**A PIE  
DE CALLE**CATALINA  
Gayà

JOAN PUIG



► Una joven lee un 'e-book' en una estación del metro el pasado sábado.

## Moverse y leer un 'e-book'

**E**s jueves por la tarde. En el metro, línea verde, una mujer lee un libro que lleva el código de barras de una biblioteca. Es un clásico; **William Shakespeare**; *Cuento de invierno*. Los que están al lado, una señora que intenta no mojar con un paraguas XXL a los que están ahí apretujados y un joven, miran el libro de reojo, en ese instinto aún no perdido de curiosear en la letra impresa, en el papel ajeno.

Nadie lleva un periódico en la mano. En otra línea de metro y en el tren, hay una cabecera que reparte ejemplares gratuitos. En la línea verde, la de los estudiantes y la de los que aún van al cine y donde los ambulantes venden bolis y libretas, las noticias, si se leen, son en bits. Del transporte público, los periódicos gratuitos desaparecieron sin hacer ruido. Una mañana ya no estaban.

Hay quien lee en el móvil no se sabe qué y hay tres mujeres, de 20, 30 y pico y 60 y largos años, que están inmersas en sus libros electrónicos. No se sabe qué leen porque, con el e-book, la portada desaparece. Es una lectura en gris, privada e individual, sin puntos de libro.

La de 20 y pico lee lo que en el mundo digital se conoce como una

lectura indie, libros de editoriales pequeñas que publican autores que no entran, por muchas razones, en el circuito de papel o libros autoeditados que se venden por un euro o, muchas veces, posibilitan la descarga gratis. «Al principio lo usaba para los materiales de la uni, ahora, para leer todo», dice la chica. Lee un libro de **Diego Fonseca**, publicado por eCicer, una editorial de libros electrónicos.

**El transporte público propicia la lectura de los libros digitales. «Es más práctico»**

En el metro, el e-book es un gadget transgeneracional. Una pantalla más para los jóvenes y un instrumento que no asusta a esa generación de jubilados que ya eran mayores cuando el ordenador e internet se convirtieron en el pan de cada día. Se adaptaron como pudieron a lo digital, con esa practicidad del que ya ha vivido tantos cambios que, uno más, no le parece tan grave.

En el 2012, una cuarta parte de los libros editados en España fueron

en soporte electrónico. Explicaba **Esperança**, 66 años y con un libro digital en el bolso desde las pasadas Navidades, que el e-book es principalmente «práctico». Lo resumía con una frase: «Con todo lo que llevamos las mujeres en el bolso, un libro como el de *La Catedral del Mar* pesa demasiado para ir cargándolo en el metro o en el bus». Le pregunté cuándo se incorporó al mundo digital y dijo que en 1983 empezó a trabajar con un programa de contabilidad y que ahora pertenece a un grupo de gente que se envía recetas, mensajes e informaciones a través del correo electrónico.

Lo del e-book es para el metro, para el espacio público. En casa, decía, sigue con el papel. Eso sí, si el libro es bueno, no importa el soporte o el dispositivo de lectura. «Los primeros días me parecía frío, iba a girar la página más que a buscar el botón, pero es cuestión de práctica. Lo que hago es que pido un fragmento y si me gusta, lo compro. Desde Navidad ya he leído tres libros en el e-book. Lo único que me hace falta es más novedades en catalán. Yo soy de esa generación que fue a la escuela con el *Carra al sol*, así que ahora leo todo lo que puedo en catalán».

El sábado regresé al metro. En Diagonal, el suelo estaba pegajoso. A las 21.00 horas, en Gràcia, se libraba una especie de guerra de caramelos por Sant **Medir** y el azúcar había alcanzado el subsuelo. Nadie leía. El sábado, no se lee en el transporte público. ■



cgaya@elperiodico.com